



PARA VOLVER A NACER

JORGE CARVAJAL

EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD
Y EL SIGNIFICADO DEL SEGUNDO NACIMIENTO

2^a
EDICIÓN

noos

Jorge Carvajal
**Para
volver
a nacer**

El espíritu de la Navidad y el
significado del segundo nacimiento



EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

El lector comprenderá mejor algunos aspectos del texto presentado en este volumen si tiene en cuenta que se trata de la adaptación a lenguaje escrito de unas conferencias sobre la Navidad que Jorge Carvajal impartió en Medellín en Diciembre de 2005.

¡Qué podamos despertar nuestro corazón al Espíritu de la Navidad es nuestro más ferviente deseo!

PRÓLOGO

El raudal de poesía y profundo conocimiento de Jorge Carvajal se vuelcan en esta ocasión en la Navidad. Su verbo entusiasmado y entusiasmante nos empuja ahora al perenne desafío de nacer de nuevo, cuidando que sea desde lo más elevado de nosotros mismos. Jorge nos invita a apurar el dulce turrón, a juntar nuestras copas, sobre todo, a reunir nuestros corazones y voluntades. En las páginas que tienes entre manos, nuestro entrañable amigo, guía y hermano le saca todo el brillo y el color, toda la razón de ser a esta fies-

ta, a este símbolo universal.

Porque llegamos a pensar que nos la habían robado entre celofán estampado de "Felices precios", secuestrada a la carrera, en un carro de compra con destino a una triste noche de chistes de poco gusto, sobrerregada de champán, que la habían fulminado por anuncios de comprar y más comprar. Llegamos a considerar que nosotros mismos habíamos asfixiado la Navidad bajo la gabardina del "progre" que llevamos dentro, orgullo intelectual que va derribando lo entrañable que se cruza en su camino, credo que nos imponía sentar distancia a cuanto relucía desde el hogar, tiempo de huida desorientada en el que la ideología ahuyentaba valores universales.

Pero no aún sigue ahí y Jorge, con estas conferencias plasmadas en libro, nos ayuda a resucitarla. Aún sigue ahí desafiándonos a renacer desde lo más noble que nos habita. Aún sigue ahí la Navidad, algo asustada entre tanto deslumbre de neón, algo descolorida de olvido, algo apagada por la lejanía de su estrella. Aún llama a nuestra puerta, aún podemos insuflarle ternura, magia, inocencia. En este mundo que va marcando negro por todas partes, que va recordando belleza, en favor de aristas y geometría, en esta sociedad de "codazos", cifras y marcas..., aún podemos revivir la Navidad.

Nuestra sociedad precisa de días de villancicos, nuestras tardes reclaman un fondo de "Adeste fidelis" que ralentice el paso en el asfalto, nuestras calles necesitan la sorpresa de Papa Noëles en las esquinas, de guirnaldas de luces en mitad del invierno, cuentos de cerilleras con pies desnudos, repartidas por todas las latitudes, ablandando nuestros corazones acartonados. Nuestras plazas reivindican una tregua ganada en favor de la cordialidad, la sonrisa y los buenos deseos. Nuestros buzones saturados de anónimas cartas de propaganda, necesitan felicitaciones henchidas de grandes anhelos y propósitos. Sí, en medio la violencia que aún sacude este tiempo, nuestras gentes urgen de esa historia de amor que reponemos cada año, historia mil y un veces contada y cantada, mil y un veces necesitada.

Entre el laberinto de fiestas pasajeras, la Navidad no cae porque es una permanente llamada a vivificar lo más entrañable que mora dentro de nosotros. Por más que se la agobie con incesante invitación al consumo, con felicitaciones alumbradas por el interés, por más que se intente empujarla al tamaño de simple negocio, las Navidades nunca dejarán de ser la más firme apelación a la fraternidad humana.

El encanto de la Navidad poco tiene que ver con el nivel de consumo, al igual que la apilación de cosas no supone un aumento de felicidad. Consideramos muy oportuno un libro en el que su autor subraya que la felicidad tiene más que ver con el reparto que con la acumulación.

Nuestro médico de cuerpos y almas apunta a que la esencia de la existencia humana, estriba, por encima de todo, en el dar. Estamos hechos para dar, con plena libertad, con gozo. He ahí el secreto de nuestro paso por la Tierra. La posibilidad de dar es el mayor regalo con el que hemos venido al mundo. Dice el doctor Carvajal en algún rincón de este pequeño volumen: *“En el darnos, en el renunciar, en el morir y en el entregarnos alcanzamos esta magia de la plenitud de la comunión interior. En esa comunión nos convertimos en Su Nombre... Descubre esa nota única y original que viniste a dar. Descubre aquello en lo cual eres inmejorable, irreplicable... Nuestra genuina humanidad está hecha de una esencia, la capacidad de darse, de entregarse, de revelar el ser, de convertirlo en mirada o en caricia, o en relación constructiva. Cuando damos, entregamos lo que somos y así somos. Nos entregamos y así nos realizamos.”*

¿Qué son por lo tanto las Navidades, sino el recuerdo de la llegada de un Ser que lo dio absolutamente todo? ¿Qué son los días que ya se acercan entre zambomba y pandero, sino la fiesta, no del descorche y derroche sino del dar? Hasta nuestros días ese círculo era reducido, se limitaba a nuestro entorno. Hoy los medios de comunicación y transporte han agrandado ese círculo, agigantado el desafío de la entrega y situado más allá de nuestras fronteras. Esa circunferencia se eleva a esfera, abarca ya toda la tierra. Este

globo, que ha ensanchado con ingenio y paciencia la tecnología, es el mismo y de exacta medida que el de nuestro compromiso. Hoy nada, absolutamente nada, que ocurre en la Tierra nos es ajeno. Nunca el dar adquirió, por lo tanto, proporciones tan gigantescas.

Sí pues al turrón, sí a la copa de champán, a la sana y fraterna alegría en la celebración de la venida del Niño Dios, pero sobre todo sí al dar, he ahí la síntesis del mensaje que Jorge quiere revelarnos en este libro y al que por supuesto nos adherimos la **Asociación DAVIDA** y la **Fundación Ananta**, que con gran ilusión hemos contribuido a la edición del mismo. Valgan sus palabras rotundas para animar a la lectura: *“Navidad es un tiempo para nacer al proceso de darse, de dar el ser. En el darnos, en el renunciar, en el morir y en el entregarnos alcanzamos esta magia de la plenitud de la comunión interior. En esa comunión nos convertimos en Su Nombre”*.

Koldo Aldai

CAPÍTULO I. EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

La inocencia es el reino de la infancia permanente

Navidad es renacer a la inocencia de una fe que tiene raíces en el alma; es volver a nacer como los niños a ese paraíso interior donde la vida se llena de confianza; es sembrar el horizonte del futuro con la luz de la esperanza.

¡Feliz Navidad!

La Navidad es celebración del nacimiento, de la inocencia y de la alegría. La Navidad es una fiesta a la nueva vida, un tiempo para nacer del manantial interior del amor y sentirlo en nosotros como agua abundante de vida. La Navidad es la fiesta del alma, simbolizada por la estrella de Belén que brilla en el cielo interior de nuestra mente superior,

cuando somos la paz, cuando nos damos la paz.

En la Navidad encontramos la feliz oportunidad de volver a nacer al fuego del hogar, al amor de la familia, al reino de la inocencia. Sólo cuando somos como ellos, los niños, podemos entrar en el reino de Dios, que es en nosotros el reino del alma. En ese reino germina la eterna semilla de la ternura, la de la fortaleza que se esconde en nuestra vulnerabilidad al amor. En ese reino florece la inocencia, ese estado del alma en que ya no es necesario perdonar, porque no hay juicio.

Un reino es un estado de conciencia y el Reino de los cielos y las estrellas que vemos brillar son también estados interiores. Vivir es encender un fuego interior, arder desde el fuego consumidor de Dios en nuestro propio corazón y amar de todos modos, cuando nos duele la vida, cuando tenemos dificultades, cuando acariciamos o confrontamos.

Si el aprendizaje es el método y el amor es la lección, el alma es el maestro. ¡Que en cada Navidad podamos todos nacer de nuevo a lo que somos! Somos el alma. Ella es el niño interior, la ternura, la inocencia, la levedad de su alegría. Ella es como la semilla con su potencial infinito de fruto, de bosque y de flor. En Navidad nacemos al alma, aunque afuera reinen el frío o la nieve. Navidad es la feliz oportunidad de nacer a la luz y el calor de un fuego interior, que podemos encender en las hogueras, en los hogares.

¡Que nuestra presencia inocente sea nuestro mejor presente! ¡Que los regalos sólo sean un símbolo del ser! No habría que hacer tantos despliegues de generosidad exterior, si sólo tuviéramos a flor de piel, para todos, amor, si sólo pudiéramos florecer en cada sonrisa y aromar en cada relación el precioso jardín de la vida.

¡Feliz Navidad! ¡Que se encienda el corazón y en las palabras arda el amor y podamos encender el amor de los hijos, el de los hermanos, el de los amigos! Tal vez así descubramos que es el mismo Dios hecho niño, quien nace en la caverna del corazón.

La confianza es seguridad que brota del alma

La Navidad es, en el hemisferio Norte, ese tiempo en

que las noches son más largas y los días más cortos. La máxima oscuridad afuera nos permite recogernos en el fuego del hogar para revelar la luz y el calor interior del amor. Ése es el paraíso interior, un estado de inocencia consciente, en el que la fe se arraiga en el alma. Esa fe intensa es confianza, bella mezcla de seguridad y esperanza. *La confianza viene de saber que hay un Dios que nos bendice y nos ama, un Dios interior que nos cuida, que nos protege y nos guarda. Es el mismo Dios que nos da la preciosa oportunidad de la crisis para que podamos despertar y crecer, ese Dios se refleja en la luz de ese maestro interior, que en cada uno revela esa lección del amor que se oculta en todo dolor.*

De regreso al fuego del hogar

Celebremos también el regalo de las crisis, como un bello símbolo de la cruz, de la que podemos renacer a la conciencia de ser, un ser que nace del centro de los eventos, allí donde el tiempo extenso, que va del pasado al futuro, se cruza con la intensidad del tiempo presente. En ese espacio de la conciencia, siempre estamos muriendo a lo que no somos, naciendo al ser desnudo y vulnerable al amor, que en nosotros es como un niño. Ser como niños nos lleva a ese Reino de la inocencia, que en las escrituras fue llamado el Reino de los cielos.

Nos podemos reconocer desde adentro, desde nuestra verdadera esencia, desde lo que somos más allá de nuestros nombres, de nuestros apellidos, más allá de nuestro cuerpo físico, de nuestras emociones y nuestros pensamientos. Más allá de nuestras máscaras, de la apariencia y de la personalidad, existe una esencia pura. Esa esencia es fuego interior en cada uno de nosotros. Cuando la llamita que hay en cada corazón se une a otros fuegos interiores, construimos una hoguera, volvemos al hogar, a la familia. Entre nosotros, hijos de un solo fuego ardiendo en el leño que el dolor del invierno y el amor de las primaveras maduró, está Él, Dios Padre. De regreso al hogar del Padre, como hijos pródigos, volvemos a casa, a la familia, que ahora es de nuevo sagrada. Eso es Navidad. Un camino de regreso al fuego amoroso del hogar, con el precioso regalo de

nuestra sombra y nuestra luz, con el más valioso presente, nuestra presencia, con las más bellas luces encendidas, las de nuestra conciencia.

Vivir es nacer una y otra vez, renacer. El gran misterio de la vida no es la muerte, es la resurrección. Desde el centro de la cruz aprendemos el misterio del sacrificio, el misterio del dolor y el de la muerte y a través de ellos revelamos la levedad de la lección que siempre es una lección de amor.

Nacer a la paz

La Navidad es nacer de nuevo, no de nuestro padre, ni de nuestra madre, no de la materia, sino de la profunda paz, una paz que es como el surco fértil de la tierra interior en que la simiente de vida germina. La paz es como la brecha del silencio profundo, que se encuentra más allá del ruido insustancial del tiempo vivido sin conciencia. La paz es el espacio de los significados, el de las cualidades que revelan la esencia. Es el espacio en que la ciencia del amor trasciende todas las ciencias.

En la paz de la noche oscura y callada del alma se enciende una luz interior que revela, ya no sólo nuestro cuerpo, nuestro padre, nuestra madre y nuestra historia, sino también esa humanidad del amor que, desde su divinidad, el mismo Cristo vivió. A lo mejor en esa luz podamos un día intuir que las estrellas de la constelación de Virgo forman un cáliz que atesora en su seno la luz del espíritu.

Nacer por segunda vez

Vivir de veras es ser, morir al no ser y nacer por segunda vez. Perder la vida para ganar la vida, renacer después de haber muerto a las tinieblas de la confusión. En Navidad tenemos una oportunidad para nacer a las palabras que brotan del alma, para salir de la Torre de Babel en la que ya no nos entendíamos ni con nosotros mismos, porque hablábamos en las vanas lenguas de las apariencias. En Navidad podemos sentirnos hijos de un solo Padre y reconocernos, todos en todos, como lo que realmente somos: hermanos. Cada quien, hermano o hermana de todos los otros y al mismo tiempo único, original, auténtico, irrepetible, necesario...

En Navidad comprendemos que todos somos imprescindibles para que el universo sea completo. Nacemos para completar el mismo mundo que nos completa. El camino de la integridad es el camino del ser, el de esa transparencia, que revela un universo interior. Adentro es como afuera, arriba es como abajo. El Reino de Dios, el de todos y todo, está en nosotros. Es el Reino del alma, la estrella que guía a los viajeros interiores a la gruta del nacimiento: el propio corazón. Nacemos de nosotros mismos cada vez que la estrella del alma nos guía a través del firmamento interior del amor.

¿Por qué no te quedas con nosotros ? ¿Por qué no te quedas Contigo?

El milagro de la Resurrección se nos presenta en un bello fragmento de la Biblia (Lucas 24 a 29). Van los discípulos camino de Emaús y comentan los eventos que acaban de suceder: la muerte de Jesús, su aparente resurrección, el mensaje de los ángeles a las mujeres que encuentran la tumba vacía... Mientras tanto se aproxima un forastero que se une a ellos, les escucha, les hace preguntas en el lenguaje de los antiguos profetas. De pronto llegan a una pequeña aldea y como es de noche los discípulos le dicen al forastero que se quede con ellos: "¿por qué no te quedas con nosotros?"

Ahora le decimos a Jesús: "¿por qué no te quedas con nosotros?" Ya va llegando la noche, la noche interior, la noche oscura del alma, la noche de la renuncia, la noche de la pérdida de sentido. La noche tal vez de la desesperanza, la noche de la tristeza, allí cuando ya lo hemos abandonado todo, allá donde nada nos hace ilusión, donde hemos desechado las antiguas posesiones, el orgullo, cuando hemos desechado la confusión del egoísmo, allí cuando hemos ido más allá de la confusión del cuerpo, desde esa noche oscura que descubre en su interior la necesidad de la luz decimos: "¿por qué no te quedas esta noche con nosotros?"

Sintamos al Dios humanizado en nosotros, tierno y cercano. Sintamos a ese Dios del amor y el perdón para decirle que en esta noche oscura de nuestra humanidad se que-

de con nosotros. ¡Que su luz desgarré nuestras tinieblas y que, ya rendidos en la noche, podamos morir a la inconciencia de la insolidaridad para nacer a la comunión de la paz! ¡Que la muerte de tantas guerras estériles e inútiles nos conduzca, por la senda de la buena voluntad, a una tierra de paz! ¡Que en esta Navidad y todas las Navidades, Señor, podamos recibir el legado de tus preciosas palabras: 'Mi paz os dejo, mi paz os doy'! ¡Que en el surco de una tierra de paz germine el amor y podamos florecer a la verdadera libertad, aquélla que nos lleva de regreso a esa unidad, que no niega nuestra diversidad. ¡Que podamos regresar a la tierra de la solidaridad en la que la paz, más que tratados y palabras, sea la esencia de esa hermandad que hace, Señor, de todos nosotros tus hijos y a todos en Ti, hermanos del alma!

Encuétralo a Él, que eres tú mismo, en todos y en todo

Esa noche el forastero se queda con ellos y en la cena parte el pan y lo bendice y entonces se dan cuenta de que el forastero es Jesús y dan testimonio de su resurrección.

El forastero siempre es Jesús. En Aquél que te necesita también está El. Es Él quien a través del necesitado regresa para poner a prueba tu amor. Aquél que solicita tu ayuda es maestro para tu amor.

Cuando puedes abrir el corazón y compartir, encuentras que Él, la encarnación del amor, está en los ojos de tu hijo, como en el río, como en el aleteo tenue de la mariposa y en el atardecer, como una corriente profunda de un Ser; cuando puedas decir como San Juan de la Cruz: "¡Oh cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados, formases de repente los ojos deseados que llevo en mis entrañas dibujados!"; cuando empezamos a mirar en la naturaleza y reconozcamos esa evidencia del Creador; cuando reconozcamos Su danza y sepamos que en esa danza está Él; cuando ya no lo busquemos tanto en el mito y en el cosmos, sino que Lo encontremos en la humanidad; cuando Lo podamos sentir en la piedra y saber que sobre la piedra de nuestro hogar, sobre la piedra de nuestra voluntad, sobre la roca de nuestra consagración, podemos construir el templo

de la vida; cuando sepamos que la verdadera iglesia no es una parroquia, sino que es un templo vivo, que es el templo del cuerpo místico de Cristo; cuando nos podamos mirar a los ojos y tomar de las manos y sentir que somos las ramas de un mismo árbol y que por nosotros corre la savia del amor, entonces habremos nacido por segunda vez y, de nuevo, habremos descubierto el fuego magnético del amor, esa fuerza atractiva que todo lo renueva, esa energía con la capacidad de unir, de fusionar, de transmutar, de recrear, es el amor, eres tú y yo, somos todos, es Dios, el fuego consumidor de Dios. El amor es nuestra esencia.

La Navidad y las estrellas

La Navidad es la oportunidad para renacer a las fuerzas del amor. Si lo miráramos en una dimensión cósmica podríamos ver en el tiempo de Jesús que Sirio despuntaba por el Oriente y por ello se le denomina la estrella del Oriente. Sirio, que está en la Constelación del Can Mayor, representa para las antiguas tradiciones la energía del amor. Tenemos tres grandes grupos de constelaciones que son:

- La Osa Mayor, que representa las energías de la voluntad, la energía del Padre.
- La constelación de Sirio, que representa las energías del amor.
- Las Pléyades, que representan la energía de la inteligencia o la energía del Espíritu Santo.

Si fuéramos más adentro de la tradición y tratáramos de leer los símbolos o significados, la cualidad que se encuentra detrás de la apariencia, nos encontraríamos con Virgo. Virgo está allí en ese tiempo al lado de Escorpio, de Orión. Orión representa a los tres Reyes Magos. Ellos a su vez encarnan esa magia que en nosotros es la conquista de la conciencia física o energética, de la conciencia emocional y de la conciencia mental. En conjunto, esos tres niveles de nuestra conciencia representan la personalidad, un presente que ofrendamos al alma que es nuestro Yo Superior.

Cuando nuestra personalidad se convierte en lo que realmente es, el templo del espíritu, el cuerpo físico se con-

vierte en esa tierra fértil para las semillas del plan de Dios en nosotros, las emociones se hacen puras como la nieve y los pensamientos adquieren la claridad de un cielo despejado. Esas son las tres ofrendas que los tres sabios de Oriente ofrecen al Rey que nace en le pesebre de Belén.

El alma oficia en el cuerpo el ritual del amor

Valoramos el templo del cuerpo, que simboliza el oro. El incienso simboliza la purificación de nuestro campo emocional para que sea puro y transparente. La mirra representa la preparación de nuestro cuerpo mental, para que desde la mente podamos aprender las lecciones del dolor y detrás de ellas revelar el amor. Entonces podemos ofrendar a ese Dios interior, al Cristo interno, al alma, al Ángel de la presencia en nosotros, esos bellos regalos que están simbolizados en las estrellas de Orión. Son los presentes de los tres Reyes Magos que vienen de Oriente y que representan la consagración del cuerpo físico, del emocional y el cuerpo mental, el nacimiento de ese Niño Dios que se hace carne en nuestra propia humanidad. En la noche más larga y oscura, como una luz amorosa que viene de la estrella de Oriente, el alma desciende.

En la cima de la montaña de la personalidad, en el mes de Capricornio, de la tierra virgen brota el manantial del alma. El aguador, el servidor llenará su cántaro con la sustancia luz del amor, agua abundante de vida para dar de beber al sediento. Ha visto la luz, pero da la espalda a la luz y desciende como el servidor para testimoniar con su vida el amor. No puede saciar nunca su sed, sin que antes haya saciado la sed de sus hermanos. En Navidad nace el servidor, aquél que ha puesto al fin en movimiento la energía del amor para convertirla en fuerza de vida.

CAPÍTULO II. TIERRA VIRGEN DE LA HER-

MANDAD

La música callada

Virgo, como la Virgen Madre, asimila en el cáliz de su seno la esencia del espíritu, del espíritu puro y verdadero, del alma mater que todo lo envuelve. En la materia de nuestra personalidad purificada recogemos la esencia espiritual y así fecundada, nuestra materia física, emocional y mental, da nacimiento al hijo, el amor, como fiel testigo de la interacción entre la materia y el espíritu. Nacemos al alma, la estrella interior y, así, el Cristo cósmico y el Cristo histórico se convierten en realidad interior, cuando somos lo que realmente somos: el alma. Entonces, surge la vida abundante como una danza precipitada en nuestra naturaleza por la música del alma: la armonía silenciosa de la paz inunda nuestra personalidad.

Desde el alma intuimos en todas las cosas movimientos de la danza del Creador. Aunque no Lo veamos, Le reconocemos en Su danza. Cada ser, todo segundo, es una nota en su música callada, un paso de su danza. Caminamos con toda la creación. Tal vez el perro sea el paso que te precedió y el ángel tu siguiente paso, pero en el río de la creación cada gota es una nota de una sola sinfonía.

Mira el oleaje, el vaivén infinito de la danza. Presiente el océano de la vida. Siente el sol y el arco iris que se forma en las gotas evaporadas, pero, sobre todo, cuando el dolor aparezca deja que las lágrimas fecunden tu tierra virgen para que el maravilloso ritual del despertar de tus semillas sea de nuevo posible.

En otoño cae el fruto, las hojas amarillas maduras por el sol ardiente serán humus y los frutos maduros caerán por su propio peso. Tal vez en la madurez otoñal de tu vida muchas cosas a las que te aferrabas ya no cuenten. Entonces regresarás al punto de partida y te encontrarás más allá de la maternidad o la paternidad con la infinita, la incomparable ternura de ser abuelo o abuela. Por el río de tus lágrima

mas habrás regresado al mar sensible y puro de la infancia. Comprenderás a los niños porque serás dulce y blando como ellos. Sensible al amor, tal vez en la noche oscura de tu soledad, se encenderá tu corazón con su sonrisa.

La música es como el padre y el instrumento de la música, la personalidad, es como la madre y entre los dos, nosotros, el alma, el músico que revela la magia armoniosa de la música en el instrumento del cuerpo.

La tierra alberga las semillas, el cielo recibe el fruto. El fruto libera sus semillas y la sinfonía de la vida así se multiplica. Todo muere para nacer. Mueren las semillas para que la planta vea la luz. Muere la flor para que madure el fruto. Cae el fruto maduro y una explosión de semillas fecunda la materia virgen, esa tierra fértil del nosotros cuando el desierto del yo separado ha encontrado el tú liberador del agua fresca. Es la tierra del nosotros, la materia virgen de la hermandad de la que va naciendo el alma humana.

Cuando entendamos el misterio de la Virgen Madre en nosotros, el de la materia virgen, una materia que es en esencia espiritual y cuando reconozcamos por ello que el mundo es espiritual, que hasta el último átomo de materia es espiritual, que todo cuanto existe son octavas vibracionales del espíritu, que todo, el grano de arena, el átomo, el hijo, la sociedad, la cultura, el planeta, las constelaciones, son notas del Creador y forman parte de su sinfonía, que todo aquello cuanto vemos forma parte de su danza, naceremos de nuevo al ser que somos, que es nuestra humanidad. Comprenderemos tal vez por qué el Dios se hace humano revelando su misma divinidad a través de su propia humanidad.

Ser humano es ser divino

Materia prima divina, esencia luminosa del mismo Dios somos, sólo que hemos de morir a lo que no somos. Morir al apego para nacer del agua de la fluidez y del fuego transmutador del amor, pues ellos fecundan la tierra y despiertan la semilla espiritual dormida en el vientre de nuestra tierra virgen.

Lo que nos sobra es una evidencia de lo que nos falta.

Sólo nos falta ser, pero no es el ser lo que nos falta. Hemos estado ausentes, hasta que un día en Navidad, nacemos al prodigioso regalo del presente, a la presencia, el alma en nosotros, uniendo el tiempo y el espacio a la conciencia de sí. Todo se convierte en cauce para el agua abundante del alma. El cauce no es nada en sí. Es la nada, un vacío cuyas riveras de amor y dolor encauzan el agua del alma.

Nada podríamos de veras poseer, si no nos tenemos a nosotros. Tomar posesión del Reino interior, emprender el sendero de retorno conduce, por el sendero de la soledad, a la montaña interior. Es el monte Carmelo o la montaña de Capricornio, los Himalayas del alma. Es la Diosa Madre, la eterna montaña sagrada cuya cima nevada simboliza la pureza del alma.

El mismo Reino de Dios está en nosotros. En el Reino está el Rey. Dios en nosotros espera, jamás se ha ido, los que un día partimos fuimos nosotros, pero es ahora la hora del retorno por el sendero del hijo pródigo. De regreso al Hogar del Padre, desnudos del ego, tal vez con los espejismos y los espejos rotos, ya no nos quede nada más que la esperanza de regresar a su seno, el del amor. Es un regreso al interior hacia Aquél cuyo nombre es perdón, Aquél que en todo sirve y se da. Nada se puede de veras tener si no se posee en el ser. El ser no es otro que Él en nosotros, esperanza de gloria.

En busca de sentido

Los viejos condicionamientos, las antiguas ilusiones, las creencias y confusiones trasnochadas, han congelado nuestros sentimientos en el pasado y por eso no tenemos la fluidez del ser que experimenta la paz. No tenemos paz cuando no dejamos pasar la luz, el tiempo, la corriente de la vida. Retenida, esa corriente se convierte en resentimientos y amarguras, remordimientos y culpas. Los antiguos odios, todas aquellas cosas que no hemos dejado pasar en nosotros, es lo que nos impide nacer a la noche de la paz.

Un día, después de la larga noche de tinieblas, descubrimos que la vida se nos escapaba por la senda de los sentidos y emprendemos el viaje de regreso al sentido. Enton-